

Pocas horas faltaban al sol para terminar su viaje diario: un haz de sus rayos atravesando el espacio venia á reflejar sobre los arcos superiores del edificio, dejando los de abajo juntamente con el jardin envueltos en fresca sombra.

Después de clavar la vista en la colgadura luminosa de arriba, buscaban los ojos, por una propension connatural al hombre, la estension ilimitada del cielo; de este cielo de Méjico que como una bóveda arrogante parece descansar, sin oprimirla, en la cumbre de la cordillera titánica que cifie el valle; de este cielo incomparable, piélago azul, abismo fascinador que atrae con una fuerza irresistible el pensamiento, y absorbe las ideas y sentimientos todos del alma contemplativa para devolvérselos en oleadas de luz y de misteriosos consuelos.

En efecto, después de algunos momentos de observacion, las miradas reposan en el cielo como en el regazo de una madre, ó como en un libro eternamente abierto donde está segura la alma de hallar solucion á los mas importantes problemas de su destino.

No fuimos entonces la escepcion de la regla.

Fijamos la atencion alternativamente en el jardin y en el cielo, y descubrimos una relacion graciosa entre ambos: parecian dos seres que simpatizaban; el jardin no tenia perfumes y sonrisas sino para el cielo, y el cielo solo tenia una mirada, única, exclusiva, profunda, apasionada, y esta era para el jardin.

Al rededor de este, y formando grupos en la galeria inferior, se agolpaban á la reja para mirarle los espectadores: algunos muchachos trepaban sobre las verjas hasta donde mas podian para gozar del espectáculo á todo su sabor.

Al lado de estos grupos se mueven otros que van ó vienen y se cruzan en sucesion interminable, como las ideas en un alma agitada.

Ningun semblante se muestra triste ó compungido; las miradas atraviesan instantáneamente por todas partes; todo lo recorren, examinan, juzgan, revisan y escudriñan para abarcar el cuadro en todos sus pormenores, en todos sus accidentes y á la vez en toda su magestuosa unidad.

La curiosidad sentada á la puerta que comunica con este primer corredor, se apodera de cada uno de los que pasan, toca su corazon con dedo eléctrico, y limpiándole de toda preocupacion

ó malquerencia le predispone á olvidar para sentir, y á ver para admirar.

La brisa embalsamada que juguetea entre las verjas y pilas-tras y retozando acaricia los arbustos del jardin, se ha llevado en sus alas el polvo de nuestras rencillas políticas; y aunque pasan sin cesar unos al lado de otros los colores rojos y verdes en las corbatas de los hombres, en los vestidos de las damas y hasta en los adornos de los sombreros de las niñas, en esa hora y en presencia de tal espectáculo se respira un ambiente de reconciliacion y de paz, y no se oyen sino estas espresiones y otras semejantes:

—¡Cuánto aseo!

—¡Cuánta elegancia!

—¡Con cuánta calma y placer se deslizarian aquí los años!

—¡Qué hermosos corredores!

—¡Cuánta amplitud!

—¡Este edificio es un palacio oriental!

II.

CARRERA DE BAQUETAS.

Sabido es que nuestros elegantes son el fruto de todo mercado y los espectadores natos é indispensables en toda concurrencia donde hay algo con que divertirse, y mucho por qué reir á costa del prójimo.

El *lion* mejicano, aunque menos pulido y mas superficial que el parisiense, es acaso tambien mas intolerante y desdeñoso en su censura. En todo halla defectos, nada está como es debido, todo le desagrada, nada satisface su gusto, y lo que es peor, todo lo ridiculiza y á nada perdona su sátira. Si en la mayor parte de sus juicios no asomara mas bien el deseo de singularizarse

que el fruto de las convicciones que abriga, debiamos conceptualle el sér mas desventurado de la tierra, porque no viendo en todo sino fealdad y ridículo, la sociedad seria para él un perpetuo sainete, la naturaleza un cuadro sin hechizos y la vida un suplicio ó una ironía.

No es así por fortuna, y en ninguna clase reina más buen humor que en la de nuestros jóvenes de moda: ¿No los ois cantar hasta en la calle fragmentos de árias de *Lucia* ó de *Traviata*? ¿No los veis en todas partes, en los paseos, en los cafés, en los teatros y tertulias? Pues esto está probando que sus días resbalan coronados de rosas en el rio de la vida, y que no tienen en los labios ni una queja contra el cielo ni una maldición contra el destino.

Era por lo mismo una necesidad, un hecho inevitable su presencia en la Encarnacion.

Allí los veiamos solos, de dos en dos, ó en hileras recorrer todo el edificio sin dejar cosa por ver.

Aquí se detiene uno que parece afecto á pintura, aplica el lente al ojo, y se pone á examinar el cuadro que tiene á la vista en la pared. Pasea brevemente la mirada por todo él, y haciendo despues un gesto de displicencia sigue adelante su camino, mostrando en el semblante una ligera nube de disgusto.

Este jóven es un juez competente en materias artísticas. Con el *buen gusto* eternamente en los labios, fallando con aplomo sobre toda clase de producciones de ingenio, y poniendo el sello de su reprobacion sobre todo lo que se habla ó se escribe, pasa á los ojos de las personas de su compañía por un terrible y concienzudo aristarco.

Si se trata de música—¡oh! este es un arte divino que aun no se comprende en nuestro pais! Aquí todo se ensalza, todo se aplaude; pero hábleles usted de las delicadezas, del idealismo de la armonía, todos se quedan en ayunas.—Tal es su juicio: en la ópera es el oráculo de los *diletanti*, y ¡ay del tenor ó la primadona que no le satisfacen!

¿Gira la conversacion sobre poesía?—¡Bah! en Méjico no hay inspiracion, no hay originalidad, no hay mas que versistas adocenados; Carpio, Pesado, Prieto, Roa, Bárcena, Esteva. . . . ¡pobre gente! . . . imitadores. . . . poetillas que no valen un comino.—La Harpe ó Capmani no sentenciarían con mas fundamento, ni de peor talante.

Con respecto á pintura, ya le vimos examinar el cuadro con sabido: su juicio se reveló mediante una mueca epigramática. Es preciso, sin embargo, concederle la razon por esta vez: nada ó muy poco han hallados inteligentes que admirar en los cuadros y obras de escultura de la Encarnacion.

Pero él tiene la desgracia de dar siempre con los abortos del mal gusto, y luego ser tan soberanamente descontentadizo!

Sus esperanzas de satisfaccion literaria, han padecido tambien un choque violento. La ciencia del anticuario le embelesa, y ante una buena inscripcion se extasia horas enteras; mas todo se conjura contra él en este malhadado convento. Acierta á ver algunos renglones de caracteres antiguos grabados sobre la clave de un arco ó en la parte superior de una puerta. . . . ¡oh! ¡buen hallazgo! Esto merece. . . . sí, leamos:

ESTA ES LA CASA DE DIOS
Y PUERTA DEL CIELO.

—¡Vaya! ¡qué estrella la mia! exclama, y estirándose los mostachos, pasa adelante para observar otro monumento epigráfico:

EN TU CONCEPCION, MARIA,
INMACULADA FUISTE,
RUEGA POR NOSOTROS. . . .

—¡Qué no vuelva á hallar lectura semejante! dice con una especie de mugido sordo, como queriendo completar de burlas el sentido de la jaculatoria.

Despues de dar mil vueltas y ya casi descorazonado, pasa súbitamente delante de unos signos medio carcomidos:—¡Vamos! esto ya es algo. . . . latin. . . . esto me va á recompensar: ¡qué veo!

SANCTUS DEUS, SANCTUS FORTIS,
SANCTUS IMMORTALIS,
MISERERE NOBIS.

—¡*Misesere nobis!* Sí, apiádate de mí, Dios mio, que soy un podenco; querer hallar buenas piezas literarias en un convento de monjas! . . . ¡Es empresa! Sin embargo, madres ha habido que no solo supieron azotarse y rezar en el breviario, por ejemplo, Sor Juana Inés de la Cruz y. . . ¡vamos adelante!

Terminado este soliloquio echa andar con mesurados pasos, mirándolo todo al soslayo y como con despecho. A duras penas halla un lenitivo en la vista del jardín; pero he aquí que al acercarse distraídamente á la escalera que conduce al primer alto, en medio del murmullo formado por las voces de la concurrencia, oye un ¡chis! que le obliga á volver el rostro hácia un lado. ¡Quién habia de ser! un buen amigo que poniendo la mano sobre el hombro de nuestro erudito, le saluda:

—¡Tú por aquí, perillan!

—Ya ves.

—Pues no declamabas tanto contra. . .

—Qué quieres, hijo, á todos nos arrastra el torrente! Y además ¡no estamos en la época de las transformaciones!

—Justo es que tú también dejes el hombre viejo y te revisitas del nuevo, como dicen los místicos, ¿no es eso?

—Cabal.

Aquí se interrumpe el diálogo con la llegada de otro amigo: en pos de este viene otro, y despues un tercero y un cuarto, con los cuales se forma un corrillo no lejos de la escalera; ¡pléyade maligna! ¡reunion de sátiras animadas! ¡conjunto de sarcasmos de levita y armados de fouet!

—Buenas alhajas nos hemos juntado.

—Y luego en la casa de la oracion y de la penitencia.

—¡Hum! ¡penitencia! . . .

—Por tal á lo menos la he tenido.

—¡Chico! ¡tú acabas de llegar de Marruecos! ¿crees que estamos en plena edad-media?

—No, pero siempre las monjas. . .

—Excelentes, no hay duda, pero eso de penitencia. . . si, magnífica penitencia. . . no tener que apurarse por el pan de cada dia, visitar diariamente el refectorio á las mismas horas y hallarle siempre bien abastecido, pródigo, zalamero; no ver á su lado ni chiquillos que lloran de hambre, ni mujer que carece de botines y de argelina, ni cobrador que se presenta á exigir el primer tercio de la contribucion ó la renta vencida de la casa. . . meritoria penitencia! Y luego sobre todos los tormentos enumerados, haber de vivir en un tabuco así como este que parece un alcázar. . . ¡vamos no hay duda que es agria penitencia!

—¡Calla, hombre, que ahí viene una belleza de peinado verde!

—Tu ocurrencia me hace recordar. . .

—¡Vamos! ¡vamos! no hay que proseguir el artículo de fondo.

—Tu ocurrencia me hace recordar. . .

—¡Qué cosa!

—El concepto que se ha formado un escritor francés—Thiers me parece—de la vida monástica.

—¿Sí? ¡y cuál es!

—La considera como un suicidio. . . como el único que permite el Cristianismo en sustitucion del suicidio físico á que acudían los gentiles cuando no podían sobrellevar la carga de la vida.

—Y me parece exacto, porque quien abraza la vida de la celda renuncia á todo para siempre, muere para el mundo.

—Pues, chico, si me afianzas todas mis comodidades, quiero morir para el mundo, quiero ese suicidio: ¡el mundo! . . . ¡Para maldita la cosa! . . . si precisamente yo estoy de cuernos con el mundo! ¡si precisamente es una de las ventajas mas radicales que trae consigo la vida monástica, el morir para este mundo perverso! Pues, señor, tenga usted que alistarse en la guardia nacional, quiera ó no quiera; que andar vestido á la moda ó de lo contrario ser la befa de los pisaverdes; que hacer los domingos dos ó tres visitas de ceremonia, tenga ó no tenga ganas; que requebrar á doña Pascacia á quien quisiera usted ver ardiendo en el brasero de la Inquisicion. . . librarne de toda esta fantasmagoría infernal y de mis *ingleses* por añadidura, ¡chico! esto sería no el suicidio sino la resurreccion, no la muerte sino la vida eterna! Con que si tomas á tu cargo arreglar mis cuentas pendientes con Godard, Biron, etc., etc., ¡chico! renuncio al mundo, muero cuantas veces quieras, me meto fraile. . . ¡qué digo! ¡no han suprimido los conventos de frailes!

—Pero quedan algunos de monjas, y puedes pretender. . .

Una risa general acojió la chufleta, despues de la cual continúa nuestro filósofo echando su retahíla:

—Pero mirándolo bien, ¡cómo se conoce que Mr. Thiers al formar ese concepto no se acordó de lo que pasaba en Méjico ni España, ó tal vez no lo sabia! Cómo, á no ser así, llamara suicidio á lo que es realmente la aseguracion por siempre de la vida! De la misma manera que hay seguros contra incendios,

nafragios y otras adversidades, los dan los monasterios contra el hambre, y en la portada de cada uno bien se pudo escribir con sendos caracteres:

EN ESTA CASA NO SE CONOCE LA MISERIA.

—Pero Thiers habla en sentido moral.

—Pues yo hablo en uno y otro, en el moral y en el físico. Ya respecto de este creo que no debemos insistir mas. En cuanto al primero, responde con la mano sobre el pecho, ¿será suicidarse moralmente sustraerse á todas las cargas de la sociedad y á los males con que el mundo se complace en angustiarnos? ¿será morir librarse de todas las tempestades de la vida y hallar en el claustro en la posesion del bien la paz, la tranquilidad, el sosiego para el presente y la estabilidad para el porvenir? Cabalmente en esto consiste lo que puede llamarse felicidad sobre la tierra; cabalmente esto es para mí pasarse *buena vida*. Y si á lo dicho agregas que cada fraile y cada monja tienen certeza de alcanzar la bienaventuranza mediante la observancia de las reglas, deberás dar por sentado que en los conventos se logra todo lo que el hombre puede mas apetecer.

—Bien! pero lo que yo siempre sostendré es que la vida monástica importa un sacrificio; porque el que la sigue se desprende de ciertos bienes.

—Sí, mas para afianzar otros de mayor estima.

—Pero frailes y monjas ayunan y se zurriagan el cuerpo lindamente.

—Por su gusto, convengo, y en ello no hay propiamente un sacrificio meritorio.

—¿Cómo así?

—Es lo cierto: ¿has visto ú oído decir que álguien se irrite contra sí mismo por las mortificaciones que se impone á sabiendas? Sería locura. ¿Por qué? porque en su mano está no padecerlas, y si las sufre es por su gusto, en lo que ciertamente no hay mérito ninguno: le hay sí en estar espuesto á todos los contratiempos y sinsabores, y aceptarlos con resignacion. Así es que debemos convenir en lo que decia al principio, esto es, que la vida del claustro está léjos de ser un suicidio, y que frailes ni monjas no hacen penitencia: ¿qué dices?

—Lo que puedo asegurarte es que las monjas son buena gente.

—Eso es otra cosa, y yo jamas lo he puesto en duda. A propósito ¿sabes donde están ahora las señoras religiosas que habitaban aquí?

—En San Lorenzo.

—No ha sido muy cuerdo pasarlas á una casa estrecha para dos comunidades, y más perteneciendo á distinta órden, lo que supone reglas diferentes.

—Se dice que las huéspedas están muy disgustadas.

—Ya lo ves... si hubiera tal penitencia, si hubiera tal suicidio, el cambio de habitacion les fuera llevadero, se resignaran con este mal en el que verian un suceso ordenado por la Providencia. El justo en todas las cosas, prósperas ó adversas, ve la mano de Dios; el justo por nada se abate, nada teme, y como decia el buen Horacio, aun el mundo al desplomarse le hallaria sereno, *impavidum ferient ruinae*.

—Ah! hijo, déjate de latines: no me traigas á la memoria el colegio. Si vieras que cuando pienso en él, sudo como si me diera pesadilla...

—Así serias de perdulario; mas aguarda... ¿qué veo! ¿conoces á esa simpática niña?

—¿Si la conozco!... Mucho.

—Es mi vecina.

—Canta como pocas.

—En efecto, un ángel le ha dado su voz... nota qué vestido tan sencillo y tan de buen gusto.

—Y sin los malditos adornos rojos ó verdes, que ya me hostigan.

—A fe que la que viene detrás... ay! qué hotines tan rojos! parece que viene pisando en brasas.

—¿Y qué me dices de la que le sigue! mira qué piecito tan verde!

—Si el color verde simboliza la esperanza, podemos decir que jamas se ha visto esta tan por los suelos. ¿Y quién es el jovenete que acompaña á la ninfa?

—Oh! es un bípedo que ya va pareciendo persona.

—¿Pues qué ántes era cosa!

—Mueble de traspaso.

—Cómo!

—Ahora se nos presenta de *rojo* y ayer era hombre de cuenta entre reaccionarios.

—Bah! cosas del mundo.

—Después de todo no es mala diversion la nuestra, estar viendo subir y bajar por la escalera botincitos rojos y botincitos verdes.

—Y estar comiendo prójimo, que es sebrosa fruta.

III.

EL PIRATA.

Segun se ve, nuestros dos interlocutores no dejaban títere con cabeza. Hacian pasar carrera de baquetas á todos los transeuntes con la misma afición, con el mismo ahinco que si ejercitasen una obra de misericordia. Entre tanto los demás compañeros no les iban en zaga, y asestaban sus pullas á las mil maravillas. Dos, sin embargo, eran los corifeos.

—¿Qué te parece la concurrencia?

—Heterogénea y curiosa.

—Parece que todas las naciones se han dado cita para este lugar y comparecen por medio de sus representantes.

—Y la Encarnación está convertida en una Babel.

—¿Crees que me agrada esta diversidad de idiomas todos en acción á un tiempo?

—Forman un mosaico de palabras primoroso. Mas ¿quién habla por ahí con voz de pífano?

—¿Quién habia de ser! Uno de los héroes de la noche del 13 de Febrero, el pirata.

—¡Hola!

—Sí, señor, no hay que asombrarse: piratas tenemos tambien por aquí.

—Sí, en las lagunas de Chalco ó de Texcoco.

—Y tambien de los que pretenden hacer cautivas á las monjas para vendérselas al sultan.

—Tú deliras.

—Oyeme y sentenciarás: Eran las doce de la noche consabida. Las madrecitas estaban alarmadas con la noticia que ya tenian de lo que les iba á suceder; y esperando el desenlace de tan desabrida situacion platicaban juntas, cuando el ruido de pasos masculinos por el claustro las hizo estremecer. Poco á poco las pisadas se fueron oyendo mas cerca, y las voces, primero confusas, de los que penetraban en el recinto silencioso se hacian mas perceptibles á medida que estos iban subiendo las escaleras. ¡No hubo modo de conjurar la tormenta! Después de algunos instantes nuestras reverendas se veian ante los inflexibles comisionados para intimarles la órden de trasplante, los cuales urgian por su cumplimiento en atención á lo limitado del tiempo que podian emplear en esa operacion. Aquí fué troya. Por un momento todo es confusion, lágrimas y quejas; mas aquí engasta el episodio del héroe que nos honra con su presencia, y que sin duda viene hoy á cosechar tiernas memorias. Novelesco hasta el punto de conceptuarse un Lorencillo; enamorado como un quijote, vasallo de una fantasía descabellada y con achaques de poeta, emprende en tal ocasion la mas risible y diabólica aventura.

—¿Pues qué formaba parte de la comitiva!

—Sí señor, y se esforzó cuanto pudo por alcanzar esa honra.

—Adelante.

—Conmovido ante el cuadro lastimoso que presentaban las madres, alza la mano derecha y dirigiéndose á ellas con aire inspirado, les apostrofa de la manera siguiente:

“Virgenes del sacro altar,
Mal seguras por sencillas,
Morais junto á las orillas
Del antejadizo mar.”

“Los piratas se aproximan
En las horas mas calladas;
La presa que mas estiman
Son las vírgenes sagradas
Con su velo y su sayal.”

—Oh! qué loco, qué animal!

—Pues no fué eso todo, sino que al oír llorar á las monjas continua en tono sepulcral:

“Por las bóvedas sagradas
Resonaban los lamentos,

Blasfemias y carcajadas,
Súplicas y juramentos.
"Si las vírgenes gemían
Y por Cristo suplicaban,
Los piratas maldecían
Y de Cristo blasfemaban."

—¿Y cómo le toleraban!

—Pocos de los circunstantes le hacían caso, y otros se divertían á su costa.

—¿Y siguió adelante la broma?

—Vaya! y subió de punto con una ocurrencia de las más cómicas.

—Dí, dí!

Mientras las religiosas se esparcían por los corredores y entraban en sus viviendas para sacar los utensilios que habían de trasladar consigo á su nueva morada, nuestro pirata echó á andar tras una novicia linda y fragante...

—Ah! vamos! como una violeta.

—No, como un lirio de los valles, como un hacecito de mirra.

—¿Qué saborcillo bíblico le vas dando al cuento!

—Viejo! no es extraño. . . ¿se trata de monjas!—Pues bien: la novicia que vió venir tras de sí al milano, y que por malos de sus pecados se encontraba lejos de las compañeras, creyendo que le amenazaba un gravísimo peligro, se puso de rodillas y á voces empezó á pedir misericordia. Mas su perseguidor que estaba ciego, quedándose en pié, sin tocarla, le dice en tono suave y amartelado:

—"No te enojés con tu estrella,
Niña bella;
Déjate amar una vez:
Por tí me dará un tesoro
Rico moro,
Que reina te hará de Fez."

—Oh! qué horrible insensatez! contesta la novicia asombrada; pero su interlocutor prosigue impávido:

—"Olvidate del Santuario,
Del Rosario,
Letanía y oración. . . .
No has nacido (sin lisonja)
Para monja,
Con tan linda perfección."
Pronto te veré sultana. . . .

—¿Linda estaré de sotana!

—Oh! no digo eso, replica el poeta, sino que

"Pronto te veré *Sultana*.
Seda y grana
Por túnica vestirás:
Ambar, oro y elefantes . . .

—¿Mas elefante que usted!

La novicia pierde en este instante los estribos, y reparando que tiene que habérselas con un loco, se pone en pie y rechaza bruscamente las galanterías que antes le asustaron. Redobla su empeño el pirata, enójase la niña, suplica aquel de hinojos, huye esta y síguela el amante andando de rodillas y con los brazos abiertos. . . . No podría decirte adonde hubiera ido á parar aquella ridícula entrevista del maniático con la monja, si no se presentase súbitamente á ponerle término uno de los comisionados que tenía la cabeza en su lugar.

—¡Basta! ya no me dejes embaucar por más tiempo.

—¡Pues qué no das crédito á mi relación!

—No, viejo, tú soñaste esa historia, y hoy me la vendes por cierta.

—¿Cierta, ciertísima!

—Sí, como lo es el *salto de Alvarado* ó los piratas de Arolas cuya poesía te sugirió esta leyenda.

IV.

LOS NACIMIENTOS.

Después de haber recojido hasta la última expresión de la plática antecedente, que como se ve nada tiene de edificante, dejamos á nuestros jóvenes abismados en su entretenimiento, y subiendo por una de las escaleras que conducen al primer alto,